

CESAR DE MADARIAGA

BALMES Y LA PSICOLOGIA APLICADA

En respuesta natural a la realidad y, no por azar, los que llevan la palabra implícita o explícita, en esta primera presentación pública del Instituto de Psicología Aplicada de la Universidad Nacional, integran una personalidad conjunta de tan compleja estructura, como la que corresponde al propio Instituto.

En primer lugar, una eminente figura de la inteligencia colombiana, envuelta en el ropaje doctoral de la ciencia psiquiátrica e investido hoy de la máxima autoridad académica; de otra parte, una destacada unidad del profesorado universitario y del pensamiento filosófico, ornado de la severa toga forense; en el fondo, una militante activa de la psicología aplicada, nimbada de una aureola de prestigio internacional y, por último, a una distancia respetuosa de todos, el que os habla en estos momentos y, si no hubiera sido por las amables palabras del señor Rector, el único que hubiera tenido que presentarse ante vosotros, un simple trabajador ambulante, armado de una regla de cálculo y vestido del traje vulgar de faena, pues, que ha de laborar a ras de tierra.

Designio providencial, el que esta primera actuación pública haya podido vincularse al recuerdo de Balmes en la fecha del primer centenario de su prematura muerte: Balmes, filósofo y apologista (ésta suele ser su clasificación biográfica) que, del mismo modo que Wundt, descendiera un día de su elevado sitial de oficiante de la psicología introspectiva, para hundirse en los avatares de la psicología experimental, descendiera, él también en buena hora de la altura de sus serenas meditaciones, en un impulso de humana dedicación, para entregarse en

cuerpo y alma a la filosofía experimental, que no otra cosa es la política en su más amplia significación y en su más sano propósito.

Coincidencia afortunada, el que este Instituto haya nacido en un centro de formación espiritual de la juventud tras el ciclo natural de un novenario de gestación —hay meses lunares, hay meses convencionales, y hay meses eclípticos— y que lo presida hoy, en presencia física, un maestro de las ciencias psicológicas y, desde los campos Elíseos la sombra de aquél estudiante de Vich, que evoca la larga capa tradicional y el sombrero alto de ceremonia del viejo seminario catalán y que en una marcha precisa y segura —marcha como él quería y no paseo— dejara en el pensamiento español tan profunda huella, no obstante lo fugaz de su tránsito.

Bien hubiera yo deseado seguir de cerca la amable y siempre certera sugerencia del ilustre Rector y haber esbozado los grandes rasgos de aquella profunda huella, pero a fuer de estudiante permanente de la psicología aplicada a las actividades económicas, no podía dejar de ocuparme con preferencia de la influencia ideológica de Balmes, precisamente en relación con este aspecto que ha sido poco estudiado todavía.

Por otra parte, no puedo olvidar en esta ocasión, que hace algunos años me cupo en suerte organizar un Instituto de Psicología Aplicada, que dirigió por cierto la misma persona que por fuero propio y para fortuna vuestra dirige hoy, con acendrado espíritu y fuerte tesón, propio de la gente navarra, el nuevo Instituto Colombiano.

Nació aquel otro Instituto a los destellos de un potente faro del pensamiento español del siglo XVI; Huarte de San Juan, navarro también, médico allá por los tiempos de Felipe II y que, adelantándose en siglos a la evolución moderna asentó las bases de la psicología aplicada a las actividades prácticas del hombre.

Pero aquel Instituto, por el contrario que éste, nació en medio del dolor, de la ancianidad y del pesimismo. Surgió, en efecto, dentro de un asilo de inválidos que había sido creado por una reina desafortunada que quiso borrar el recuerdo licencioso de una mansión señorial de placeres y saraos y se creó, por decisión del gobierno del último rey de España, como una simple sección, al organizarse el Instituto de Reeducación profesional de Inválidos del Trabajo: no obstante llegó a construir con éste en pocos años un núcleo de actividades, que obtuvo el mayor aprecio y conceptuación, dentro y fuera de España.

De él surgió una potente floración de instituciones pedagógico-sociales de orientación profesional, de aprendizaje, de escuelas de trabajo y de artesanía y un extenso cuerpo de doctrina en materia de

formación profesional, de tan sólida base que de la monarquía acá, ha resistido todos los embates de los radicales cambios de régimen habidos en la nación española. No hago mención de todo esto— bien lo podéis comprender— en calidad de triste añoranza o vana presunción. Hablo de ello, en primer lugar, porque me complace la presencia de España en esta nueva floración de la Universidad Colombiana y, sobre todo, porque si aquel Instituto llegó a cobrar tamaña forma, magnitud y crédito y logró tal fuerza de germinación, a pesar de haber nacido en un mundo de dolor, de ancianidad y de pesimismo, bien puede asegurarse, lo que puede y debe llegar a ser éste, que nace ahora, en un centro de ilusiones, de juventud y de optimismo. Al mencionar aquellos hechos no hago, por tanto, otra cosa, que marcar una ruta y anticiparme a la descripción de lo que, sin duda alguna, habrá de ser el Instituto Colombiano en poco tiempo.

Y cuéntese que este Instituto no lo preside la sombra de aquel médico del cuerpo, que al ver sufrir las almas en su vagar incierto por caminos equivocados de la vida práctica, quiso penetrar en el estudio de su guía y orientación sino que lo preside la sombra de otro médico, de un médico de almas, que al verlas sufrir por causas ajenas a su propio ser y libre albedrío, quiso acercarse más a ellas, para guiarles en su penoso trajinar por la vida agitada de las pasiones públicas y de las luchas fraternas. No lo preside aquel hombre arrancado de su tierra navarra, desarraigada ésta también del suelo patrio, pues que pasó a ser tierra francesa; ni la del hombre maduro que dirige ya su mirada hacia el pasado; lo preside la sombra de un hombre que nació y murió en el mismo lugar de su amada tierra catalana y que, todavía al morir, oteaba los horizontes siguiendo la dirección de la marcha ascendente del sol.

En aquel Instituto, como el vuestro, una inscripción en letras de oro recibía al visitante. Goethe hablaba: "No basta dar pasos que conduzcan a la meta, es menester que cada paso sea una meta sin dejar de ser un paso". Balmes podría haber escrito junto a esta inscripción su frase de similar concepto: "El movimiento político no es un paseo, es una marcha; no basta andar, divagando; es menester adelantar con la planta firme, por un camino, previamente señalado, hacia un punto fijo".

Vuestro Instituto sabe cuál es la meta y cuál es el punto fijo y como sección ha dado ya pasos que han sido metas y huellas que dejaron planta firme. No creo ser indiscreto al revelar que, recientemente, una de las sedes madre de la psicología aplicada estadounidense, la Universidad de Princeton, ha comunicado a una alta institución

sudamericana que le había pedido consejo y material para el establecimiento de sus técnicas de selección que nadie mejor podía dar este consejo y este material, que el Instituto de Psicología Aplicada de Bogotá.

Pero volviendo a la ruta espiritual de mi discurso —digo discurso en el sentido estricto y no en el enfático— cúmpleme hacer destacar la influencia inestimable de la presencia de Balmes en la evolución de la Psicología Aplicada, si ésta ha de caminar con planta firme hacia el punto fijo señalado y si cada paso ha de ser una meta. Bien necesita hoy la psicología aplicada la presencia moral de un Balmes que hace más de cien años hablaba ya de una futura organización racional del trabajo; un Balmes, que no creía en una economía que hiciera pobres y matara de hambre; un Balmes, que no admitía la simple medición unidimensional para el grado de civilización —ya fuera de altura o de amplitud— sino que pedía una dimensión conjunta de extensión e intensidad, esto es: el mayor nivel posible de bienestar para el mayor número posible de individuos y el mayor nivel posible de inteligencia y moralidad en mayor número posible del individuo. Un Balmes, que consideraba incensato importar los sistemas exóticos que no se adaptaran a la especial idiosincrasia de las gentes de cada lugar, puesto que lo que interesaba no era lo óptimo absoluto, sino lo real y eficaz. Un Balmes que estimaba más amenazador para la civilización, el prurito de igualarlo todo y nivelarlo todo, que una prepotencia de jerarquía. Un Balmes, que declaraba, que para evitar las revoluciones había que producir evoluciones y que debería analizarse seriamente, si el progreso había sido logrado por las revoluciones o a pesar de ellas. Un Balmes, que afirmaba como principio fundamental de toda política, la conciliación y la tolerancia, hasta de la intolerancia.

Porque los problemas de hoy no son fáciles para la integridad científica y moral de las soluciones y los métodos de la psicología aplicada. A los problemas de orden diferencial, del individuo se agregan, superponen y entrecruzan unas veces en franca ayuda, pero otras en recio obstáculo —cuestiones enconadas de psicología colectiva, influídas más por el “quien” de las soluciones que por el “que” de los problemas como alguien dijo: se busca más *quién* ha de tener la razón, que *cuál* sea la razón. A la gran dificultad de la experimentación en psicología, se añade el riesgo de deformarla, lo que no es raro, ya que el objeto de ella es a la vez substancia activa e inteligente, que no siempre actúa por libre decisión; movida en ocasiones, por prejuicios o por pasiones políticas, que, como decía Balmes, no son otra cosa que pasiones comunes.

La psicología aplicada, al intentar lograr el ajuste de la personalidad humana a las finalidades individuales y colectivas, cumple una misión de la más alta significación, pero también de la más seria responsabilidad, lo que implica una moral firme. Recuérdese que Balmes llegaba a considerar como un grave delito de lesa moralidad el no aplicar la inteligencia en la forma y magnitud que cada caso requería y de que cada individuo era capaz. Ni el hombre podía permitirse la libertad de ahorrar o de deformar el empleo de su inteligencia, que le es debida al grupo social en que actúa, ni el grupo social puede permitirse la libertad de organizar sus actividades de modo a no utilizar debidamente las inteligencias de que puede disponer.

Claro es que esto llevaría a una revisión profunda, individual y social de los conceptos y valores en las formas de trabajo de los viejos oficios y de las profesiones tradicionales y también a la captación precoz de las inteligencias ocultas en la masa anónima y en los rincones de cada país. Pero nada más justo ni más urgente. Nada más moral, en el sentido balmista, sentido coincidente por cierto con las tendencias actuales de la psicología aplicada a la vida económica y social.

La difusión de la cultura, no tanto en extensión como en intensidad; no tanto en ética como en técnica; no tanto en economizar dolor como en aumentar placer; las migraciones voluntarias y forzosas, que hoy pueden realizarse más fácilmente, provocadas unas, por ansias de mejoramiento y, otras, por perturbaciones diversas que lanzan a rebaños enteros sin pastor, de un lado a otro, con pérdidas valiosas morales y materiales; el mayor conocimiento mutuo de pueblos y actividades y, por último las necesidades de la guerra tecnificada que ha llevado a masas de trabajadores desde las faenas rudas de paz a los trabajos livianos de las industrias de guerra, altamente consideradas; todo esto ha dado lugar a un fenómeno nuevo en su magnitud y extensión que amenaza gravemente a determinadas economías nacionales; esto es: lo que pudiera denominarse absentismo industrial específico, por paralelismo de concepto con el absentismo rural.

La industria minera subterránea, la industria de altas temperaturas, la de substancias tóxicas, la de temperies bruscas, la de condiciones desagradables, enervantes, repugnantes, serviles, etc., ven reducir sus contingentes voluntarios como consecuencia de la natural tendencia a buscar faenas más satisfactorias, que ahora muchos han descubierto. Por otra parte, las faenas que pudieran llamarse "cómodas" para facilitar la expresión, suelen ser las mejor remuneradas y las de mejor conceptuación social; circunstancias, ambas que convergen en acelerar el referido absentismo específico.

En lo económico-social habrá de llegar el momento en que haya de cambiarse el criterio de que las faenas más “distinguidas” sean las de mejor remuneración. Por el contrario, puede ocurrir que el hombre que recoge las basuras entre una nube de polvo deletéreo, tenga que ser mejor remunerado que el otro hombre que, con la mayor pulcritud y en atmósfera de aire acondicionado lleva un libro-registro.

Es indudable que esta revisión y revaluación habrá de guiarse por las soluciones de la psicología aplicada que persigue “adecuaciones” humanas. De otro modo la readaptación empírica establecería un nuevo desajuste, llevando a las posiciones de mayor responsabilidad, de mayor nivel técnico o de mayor prestancia a los menos esforzados y, a las mejor remuneradas, personalidades antisociales que desmoralizarían la vida ciudadana. Todo ello podría dar una subversión de los valores de producción, en cuanto a su categoría humana, y podría significar una tendencia iconoclastica peligrosa en relación con las faenas superiores de la inteligencia. Pero no puede suceder esto en la transformación profunda que ha de llegar a través de la psicología aplicada a la actividad profesional, en la que, no sólo se ha de atender al problema en su sentido profesiológico, sino también, en su sentido ético-social, tal como apuntaba Balmes.

Balmes lo señalaba, al declarar como delito de la lesa moralidad social el uso inadecuado y la dedicación fragmentaria de las capacidades disponibles. No bastaba que la conducta no fuera encaminada al mal; era menester, además, ejercerla con máxima capacidad, orientándola al máximo bienestar individual y colectivo o, como se diría hoy, al logro del máximo rendimiento social. A nadie le es lícito diría hoy Balmes, mermar potencial humano que puede beneficiar al cuerpo social. Concepto similar, en relación con la inteligencia, al concepto de función social asignada a la propiedad por las democracias de todo orden.

Este máximo rendimiento integral, social e individual —y moral siguiendo a Balmes— es una de las metas de la psicología aplicada. En algunos casos, el profano piensa que en las nuevas formas de trabajo logradas, se produce una deshumanización. También el docto lo piensa, cuando subjetivamente analiza el fenómeno a la luz de su doctrina y no quiere salir más allá de ella o cuando reacciona con un complejo incidental de inferioridad, frente a un paisaje que le resulta poco familiar o que se le antoja selva impenetrable. Impenetrable, como todas, cuando no se intenta el duro trabajo de abrir la trocha. Otras veces, quizás, porque reacciona con el temor subconsciente o inconfesable de estar incurriendo del delito de la lesa moralidad que señalaba Balmes.

Otras veces por concesiones de carácter político que aconsejan mostarse contrario a un sistema científico que se desconoce, aprovechando la plataforma de otra ciencia en la que se es o se pretende ser maestro.

Es frecuente, la creencia general de que la mecanización va restando personalidad humana al trabajador. Puede ser que así parezca al observador ocasional; pero en realidad sucede lo contrario. La mecanización puede y debe avanzar inexorablemente para liberar del esfuerzo físico y mental; pero ha de detenerse allí donde ya no puede dar más y ha de dejar paso el gesto activo guiado por la inteligencia. Por esto la mecanización, en el fondo, lo que hace es intelectualizar las labores, despojándolas de sus fases no inteligentes; en ello puede y debe llegar hasta la máxima simplicidad operativa; pero el que la labor sea sencilla no significa que sea conducida por la inteligencia. Si así fuera, bien pronto aparecería el mecanismo o el accionamiento simil-inteligente o mecano-intelectual, facilitado hoy por la técnica electrónica y dentro de ella, sobre todo, por la célula foto-eléctrica que aporta la mecanización un elemento más de progreso, al proporcionarla una visión artificial que economiza aún más el empleo inadecuado de la inteligencia; la mecánica *ve* ya lo que hace y *mira* mejor que la visión humana por lo cual puede actuar mejor y con más precisión, conforme lo que ve a cada instante, y, además, sin fatiga alguna.

Si se piensa ahora cómo se ha llegado a transformar una labor compleja y penosa en una labor sencilla, reducida a los únicos gestos que requieren acción inteligente; qué cantidad de ingenio humano ha sido necesario para llegar a tal resultado y el que permanentemente se necesita para mantenerlo vivo y en progreso, se comprende que no es la desumanización, precisamente, la consecuencia de la mecanización, sino por el contrario: la intelectualización que es *humanización*. Si se analiza, cómo se ha incrementado el disfrute de los bienes materiales y espirituales y cómo se ha difundido este disfrute —aunque por falta de ética y con sobra de técnica, no alcance la medida que Balmes hubiera deseado— se advierte claramente, que la mecanización, por el contrario de lo que vulgarmente opinan los alegres espectadores de la ciencia, ha dado profunda personalidad —ha humanizado— a grupos inmensos de seres, que, podrían no estar antes mecanizados, como se afirma por aquellos, pero temen que vivir mecánicamente, por agotar en el trabajo su potencial humano más valioso en forma totalmente inadecuada; esto es: en plena delincuencia moral, en el sentido balmista.

La psicología aplicada a los problemas del trabajo ha permitido

y permitirá cada vez más perfeccionar los métodos para lograr la debida adecuación de trabajo y trabajador, teniendo siempre presente el principio balmista de la ética social. Es frecuente considerar, que en las ciencias y así en la psicología, nada tiene que ver la ética y aquí es donde Balmes aporta su tesis clara y terminante del objetivo moral colectivo, lo que equivale en términos actuales al principio del rendimiento social, meta y punto fijo de la psicología aplicada a las actividades profesionales.

La mecanización, la división del trabajo al extremo, el análisis de los movimientos elementales da la operación manual, el de los gestos activos, pasivos, coadyuvantes y compensatorios de cada operación manual y otros tantos medios de lograr el adecuado rendimiento técnico, sin perder de vista el objetivo ético de Balmes, liberarán al trabajador de las tareas innecesarias del esfuerzo físico, del ritmo impropio y del ejercicio inadecuado de las exigencias tradicionales de los oficios y profesiones, separando de este modo, cada vez más, a la bestia del hombre, esto es: *humanizándole*. Con ello quedará lugar y ánimo para que el trabajador de todas las categorías, tanto el llamado intelectual como el llamado manual, puede y deba desglosar su obligación laboral en dos objetivos: el de la tarea sencilla y mecánica que le hará cooperar a la productividad óptima necesaria al grupo social en que vive y, la compleja y libre, que le permitirá atender sus anhelos de vida espiritual y plenamente humana, con la cual podrá beneficiar igualmente al propio grupo social. Ninguna de las dos funciones laborales le será permitido rehuir al hombre futuro, al hombre que vislumbraba Balmes, según su concepto ético, del rendimiento social, concepto que a mi juicio, constituye uno de los aportes ideológicos más valiosos del gran filósofo catalán.

A pesar de las dificultades de la hora presente, ya se va observando una extensión de las obras de creación individual; es de imprescindible urgencia para el progreso de la humanidad, que esta tendencia cobre pujante acción real. Es necesario que surja un verdadero renacimiento del trabajo personal de calidad junto al trabajo colectivo de cantidad o el de calidad tipificada y esto sólo lo puede lograr la psicología aplicada a las actividades profesionales; pero a condición de enarbolar siempre la enseña ética de Balmes.

Claro es, que al abogar por lo que alguien pudiera llamar la vuelta a la industria familiar, hogareña y doméstica, no pretendo moralizar, en el concepto vulgar de la expresión, lo que por cierto no sería hostil al pensamiento de Balmes; tampoco pretendo defender una posición de retroceso social, que con palabra beligerante, muchos podían tachar de

burguesa, olvidando que en su origen, burgués es precisamente lo humilde, lo humano y lo aldeano, mientras que lo otro, es lo vano, lo gregario y lo villano.

Al abogar por el renacimiento del trabajo individual, defiendo el trabajo de calidad; defiendo la integridad moral y mental de millones de hombres y mujeres, sometidos a las torturas materiales y espirituales de una vida desquiciada y angustiosa, propicia a los desajustes mentales, que sólo se alcanzan a percibir en los momentos de crisis o de tragedia, cuando la psicología aplicada les llega en forma de psiquiatría clínica o forense o, más allá de una generación, les llega a desgraciadas criaturas en las instituciones de anormales o en los tribunales de menores.

Defiendo también el goce supremo de la vida que hoy está vedado a millones de seres que llegan en muchos casos a disfrutar del placer de un refrigerador —símbolo triste y frío del progreso— de la voluntad pasajera y artificial de las diversiones colectivizadas, con arreglo a gustos “standard”, y del asombro infantil ante las maravillas de un progreso que se exhibe en muestras diseminadas; pero seres que no tienen lugar, y debido sosiego para aspirar el aroma de una flor, arrancar una fruta del árbol o admirar una puesta de sol. Ni siquiera para disfrutar plenamente del amor, pues que han de cuidar más de la impronta coloreada de un lápiz, que de la emoción sincera de un corazón.

La vuelta parcial a la artesanía, es hoy posible, en formas nuevas, gracias al desarrollo de la psicología aplicada a las técnicas industriales, como es también posible la descentralización de la producción industrial que ya apunta en el horizonte. Ello compensará, en parte, la pérdida actual de los valores de potencial humano a que da lugar la organización tradicional del trabajo, por la cual un hombre a los cincuenta años de su vida ha pasado por lo menos de tres a seis años de ella, o sea de 26.000 a 52.000 horas, viajando en un medio de transporte urbano, lo que le ha permitido montar cada día laboral en esa rueda de la fortuna de la civilización, que tanto nos envanece y que, dejada a su loco rodar, resulta más bien rueda del tormento de la que no se sabe cuántas vidas y cuántas almas destroza cada vuelta.

Hace ya bastantes años apuntaba yo, en un pequeño libro sobre organización científica del trabajo y lo he repetido después en muchas ocasiones, las metas de amplio sentido humano que se le ofrecían a la psicología aplicada en el campo de la actividad económica, pero siempre teniendo en cuenta el sentido del rendimiento social; un viejo almirante, buen amigo y gran burlón, me dijo a la sazón: no he leído

nunca un libro de materia económica de juicio más arbitrario. Sin duda, mi viejo amigo no había leído el "arbitrarismo" del gran Balmes. Por eso quiero terminar como terminaba en aquel librito: con un viejo relato, que escuché en mi juventud con emoción, de labios de un veterano capitán de industrias que antes había sido soldado.

Es verdad que aquel libro trataba de industria y de economía —no en balde os habla un hombre de regla de cálculo— pero ello no resulta incongruente con el recuerdo de Balmes, que pensó en una organización racional de las actividades de producción y se enfrentó con la matemática —no otra cosa podía hacer un filósofo— y hasta llegó a publicar un tratado de trigonometría rectilínea y esférica. Tampoco son ajenas a la psicología aplicada las manipulaciones de la regla de cálculo que opera con dimensiones logarítmicas, las mismas con que Weber expresó su ley de relación de estímulo y percepción auditivos y en la que se expresa la unidad moderna de medida psico-física de ese nuevo y terrible flagelo de la humanidad: el ruido. Por cierto, que el nombre de la unidad de medida, el decibel, despierta, como el objeto de la medición, ideas bien demoníacas; y eso sí que no es congruente con el recuerdo de Balmes.

La psicología aplicada a las cosas técnicas, la psicotecnia es censurada a veces por los alegres espectadores de la ciencia y los lectores de Selecciones, porque se dice que lleva a la uniformidad, a la monotonía, al embrutecimiento, al encasillado automático, etc. No sólo no es así, sino que ofrece los medios para que la actividad humana, en su fase de labor colectiva pueda seguir los principios de moralidad social de que hablaba Balmes, permitiéndola integrarse en una organización racional de máxima utilidad y mínimo esfuerzo y dejando tiempo y lugar para que el hombre, libre en espíritu y en conciencia, pueda cultivar en una fase individual, su personalidad plena y aportar a la sociedad un mayor y más extenso disfrute de bienes espirituales.

Trascendental principio de conducta, plenamente balmista, que hará posible que cada hombre pueda volar hasta donde sus alas le sostengan y su impulso lo consienta.

Y si aconteciera que en la fase colectiva, la tarea fuese dura y exenta de atractivos, el hombre podrá llevar a ella el espíritu que animara al obrero del viejo relato, genuina representación del hombre social de Balmes.

El viejo relato habla de tres canteros que trabajaban en la obra de una catedral y a los que alguien hizo una sencilla pregunta. ¿Qué hacéis? El primer cantero, al hombre primitivo y rudo, animado de un espíritu simplista de utilidad directa e inmediata; el tallador del sílex,

el cazador selvático, el pescador solitario, el constructor de su propio refugio, contestó llanamente: señor; labrar la piedra.

El segundo cantero, hombre más complejo, con el espíritu mercantilista, con el concepto de la función de cambio y hasta de la formación del capital, contestó mirándole reflexivamente: señor; ganarme la vida.

El tercer cantero, el hombre de espíritu amplio y humano, con el concepto de la utilidad colectiva y el ideal de servicio; el hombre moral de Balmes en la organización racional de Balmes, contestó sin reparar en su trabajo rudo, monótono y oscuro, mirando hacia lo alto: señor; construyo una catedral.

Este viejo ideal que parecía morir con el progreso técnico, resu-
cita hoy vigoroso y en nueva forma, gracias a la psicología aplicada, iluminada por el pensamiento de Balmes y que aporta los métodos para liberar al trabajador (de todas las categorías) de las tareas ajenas al ejercicio digno de su inteligencia, permitiéndole efectuar una parte de su labor cotidiana, la que constituye un deber social, con el ideal de máximo humanismo del cantero que construía la catedral.

El Instituto de Psicología Aplicada de la Universidad Nacional ha de contribuir seguramente a esta liberación de la inteligencia, función bien genuina de la Universidad siguiendo con ello la estela del pensamiento de Balmes, cuando vislumbraba la futura organización racional del trabajo y cuando exponía su principio moral de la concordancia máxima entre la capacidad y la dedicación. Organización y moral balmistas, con las cuales el hombre podrá tensar al máximo la flecha de su ideal y lanzarla a las alturas en la medida de sus fuerzas, en una expresión de potencia creadora, libre, que es la manifestación del espíritu que más acerca al hombre a la Divinidad.

Que el nuevo Instituto, auspiciado por el espíritu de Balmes, se ponga en contacto con las juventudes en formación, dentro y fuera de la Universidad y en los momentos críticos de orientación hacia la vida social y cultural, logre en la medida de su capacidad —que no es poca— el que todos los colombianos, puedan tensar vibrantes las flechas de su ideal, para que todos sean capaces y a todos les sea permitido construir las catedrales nuevas y reconstruir las derrumbadas, con la fe, con el ánimo y con la moral de aquel cantero del viejo relato.

CESAR DE MADARIAGA

Bogotá, julio 9 de 1948.